

BOTAS ROJAS

*Lai Sai Acón**

Hubo un tiempo en que aquellos pies poseían una tonalidad rosácea, de ese rosa torna-soleado que con la cantidad adecuada de luz se vuelve intenso a ratos y tenue en ocasiones. La gente normalmente tiene pies color carne. Quizás por eso es que desde que tengo memoria, los pies siempre estuvieron cubiertos por algún tipo de calzado rosado. Rosado como los escarpines de bebita o como las zapatillas de ballet, o bien como los tacones de quinceañera. Digamos que así se disimulaba su poco usual tonalidad.

Cuando cumplí veinte años, me enamore de aquel par de botas rosa que se exhibían vanagloriosas en el escaparate de una de las zapaterías más finas de la ciudad. Soñaba con ellas pero muy en el fondo sabía que carecía del porte para incorporarlas a mi estilo más bien sencillo. ¿En verdad era yo tan modesta? No, en realidad carecía del permiso de mi tía para usar “botas de mujer crecida.” Así que del entusiasmo y la habilidad manual, cual radiante Afrodita emergiendo de la espuma marina, nacieron un par de botas, también de color de rosa. Bueno, no eran botas de meretriz, de esas que cubren hasta casi el muslo, como las de Julia Roberts en la película *Mujer bonita* o como las sicodélicas botas de los sesenta o siquiera como las del gato con botas. Se podría decir que eran unos botines o botitas que apenas cubrían los tobillos, pero vaya que

si protegían aquellos pies extremadamente sonrosados de las curiosas miradas de la gente con pies comunes y silvestres (o debería decir, patas-rajadas).

Curiosamente, el tono rosado de los pies fue creciendo en intensidad, proporcionalmente a la cantidad de revoloteos con las botas rosa. Al principio, las botitas no se alejaban más allá del portón de entrada de la casona ancestral. Tímida, pero decididamente, las botitas cubrían más y más trecho y así, también el tinte rosáceo que originalmente salpicaba la piel se fue intensificando hasta alcanzar un paroxismo rosa. Del mismo modo, entre más rosadas se volvían las inquilinas botudas, más las protegían éstas, envolventes como una segunda piel. Sin embargo, eso no limitaba los movimientos libres y armoniosos de las primeras sino que muy por el contrario, eso las conducía a un estado de serena creatividad. Las boticas se movían y los pies las seguían, sin forcejear, como cuando el niño va alejándose del seguro vientre de mamá para adentrarse en las vicisitudes del mundo exterior. Existía un tipo de relación simbiótica entre botas y pies. Las primeras no eran meramente usadas para efectos prácticos, ni los segundos mandaban a dónde ir o por qué.

¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo olvidar el par de zapatos que transformaron alquímicamente el ser interior de las botas rosa? Eran un par de zapatones marrón, simples, comunes, nada

* Profesora de la Escuela de Lenguas Modernas, Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: laisai@costarricense.cr

extraordinarios excepto por el toque verdoso de las puntas. Al principio salían de cada esquina cuando menos se esperaba. Después, muy audazmente, seguían a las botitas rosa hasta que consiguieron llamar la atención de éstas... Las otrora frías y propias botas rosa comenzaron a tomar gusto por lo ordinario, a pisar los charcos de lluvia, a adentrarse en la maleza lodosa y a trotar durante el polvoriento verano con jovial despreocupación. Y es que éstas comenzaron a seguir los pasos de los zapatones marrón, casi inconscientemente, como si estuvieran atadas por el mismo cordón. Todo parecía indicar que algún día estarían unas junto a los otros en el mismo armario. Pero las botas rosa, tan acostumbradas a pisar las nubes, un buen día se encontraron de regreso en el duro suelo (“metimos las de andar,” habrán pensado las botitas). Entre salidas intempestuosas, majonazos y pisotones, las botitas rosa fueron perdiendo la singular tonalidad de su cuero y su particular forma hasta quedar en retazos. Los zapatones marrón siguieron por otra senda, apartándose del camino que originalmente habían trazado con las botitas y al hacerlo se encontraron con unas sandalias de estilete hechas con el mismo material rústico de los zapatones. ¡Tamaño pata-da recibieron las botitas!

En un rincón del armario, las botitas rosa pasaron por un gran letargo. Fue cuando comprendieron la expresión “donde el zapato más aprieta.” Ya no poseían la cualidad rosácea que las caracterizaba, ni tampoco eran los pies que aquellas cubrieran rosados. Algo había sucedido la noche en ambos se dieran cuenta de que la vida no era rosa. Definitivamente se habían jurado que las cosas debían cambiar para bien. Así fue como comenzó la transformación. Anduvo para arriba y para abajo con todo tipo de calzado: las chancletas playeras, las incansables tenis, las trabajadoras botas de hule, los zuecos pata caliente, los sencillos caites, las hogareñas pantuflas, los chuzos chaineados de charol brillante, los singulares zapatos ortopédicos. Marchó junto a sus nuevos amigos, tras ellos, delante de ellos. Sin miedo recorrió nuevos horizontes, escaló las montañas más empinadas y hasta aprendió a flotar en el agua. Pero hubo una cosa, tal vez la más valiosa que aprendieron las botas de toda la experiencia: a no pisotear y a siempre ponerse en los zapatos ajenos antes de obrar. Retazo a retazo, las botitas fueron creciendo con el sufrimiento (y literalmente digo, pues de un par de botas que no pasaban del tobillo, ¡llegaron a alcanzar la rodilla!). El tímido rosa se transformó en un rojo desinhibido, audaz. Y desde ese mismo instante, fueron conocidas como las botas rojas...